

Exposición total

Soy fotógrafo forense. Mi trabajo consiste en documentar la fealdad con una precisión aséptica. He visto cuerpos destrozados por el asfalto, rostros que ya no parecen rostros y escenarios donde la sangre se ha secado formando mapas de una violencia incomprensible. Nunca sentí miedo. Para mí, la muerte es solo una cuestión de iluminación, apertura de diafragma y balance de blancos. Si la luz es buena, el horror es solo información.

O eso creía hasta el 10 de abril.

Fue en un descampado a las afueras de Madrid. Un suicidio. Un hombre se había colgado de una torre de alta tensión. El sol de la tarde pegaba de lado, creando unas sombras alargadas y molestas que dificultaban mi trabajo. Ajusté mi Canon, puse el ISO al mínimo para evitar el ruido y empecé a disparar.

Click. Click. Click.

Al llegar a casa, cargué los archivos RAW en mi monitor de 32 pulgadas. Es un ritual que me calma: el proceso de "revelado" digital. Pero esa noche, algo me detuvo el pulso.

En la esquina inferior derecha de la toma 104, había un defecto. No era un destello de lente ni una mota de polvo común. Era una distorsión vertical, una línea borrosa que parecía absorber la luz a su alrededor. Amplié al 400%.

La mancha tenía textura. Parecía... tela. Una tela grisácea, deshilachada, que flotaba a ras de suelo, justo detrás de los arbustos secos del descampado.

—Maldita sea —susurré. Pensé que el sensor se había sobrecalentado.

Pasé a la siguiente foto, la 105. La mancha seguía allí. Pero ya no estaba detrás de los arbustos. Estaba sobre ellos. Se había desplazado unos treinta centímetros hacia el centro del encuadre. Y lo más extraño: en la foto 104, la profundidad de campo la mantenía borrosa, pero en la 105, la distorsión era nítida, como si la propia cámara hubiera decidido reenfocar por su cuenta para capturar eso.

Me pasé una hora limpiando el equipo. Usé el kit de limpieza profesional, el líquido especial, la pera de aire. Revisé cada lente con una lupa de aumento. Nada. El cristal estaba impecable. El sensor brillaba como un espejo negro.

Para quedarme tranquilo, hice una foto de control. Apunté a la estantería de mis libros de fotografía. La luz de la lámpara era cálida, perfecta.

Click.

Miré la pantalla de previsualización. Mi corazón dio un vuelco que me dejó un sabor metálico en la boca. En el reflejo del cristal de la estantería, se veía mi espalda sentada en la silla. Y justo detrás de mi hombro izquierdo, en el espacio vacío entre el respaldo y el armario, asomaba un dedo.

Un solo dedo, largo como una flauta, con una uña que parecía un trozo de vidrio astillado.

No me atreví a girarme. Me quedé petrificado, mirando la pequeña pantalla LCD de 3 pulgadas. En la vida real, mis ojos no veían nada en el espejo. En la foto, ese dedo estaba allí, lo suficientemente cerca como para rozarme el cuello.

Fue entonces cuando cometí mi primer error: parpadeé.

Fue un parpadeo largo, de esos que haces cuando intentas despertar de una pesadilla. Al abrir los ojos, el miedo me obligó a pulsar el disparador de nuevo, casi por espasmo.

Click.

Revisé la imagen. El dedo ya no estaba solo. Ahora había una mano completa, y el antebrazo, envuelto en esa misma tela gris y húmeda que vi en el descampado, se apoyaba con naturalidad sobre mi hombro real.

Lo más aterrador no fue la presencia. Fue que en la foto, mi propia piel se hundía bajo la presión de esos dedos. Yo sentía el frío, pero no sentía el peso. Era una amputación sensorial: mi cámara veía mi cuerpo siendo tocado, pero mis nervios se negaban a informar de ello.

Pasé tres días sin encender la Canon. La metí en su maletín de aluminio, cerré los pestillos y la empujé debajo de la cama. Estúpido de mí, pensaba que si no había pantalla, no había monstruo. Pero el silencio de mi casa se había vuelto diferente. Era un silencio que *pesaba*, como si el aire estuviera saturado de humedad, de algo que olía vagamente a ozono y a flores podridas.

Bajé al sótano. Allí guardaba mi vieja Leica M6. Una joya mecánica. Sin sensores, sin algoritmos, sin inteligencia artificial. Solo cristal, espejos y una película Kodak Tri-X 400 de blanco y negro. "Si esto sale en el negativo", me dije mientras cargaba el carrete con manos temblorosas, "es que la realidad se ha roto para siempre".

Decidí convertir mi baño en un cuarto oscuro improvisado. Sellé la puerta con cinta aislante negra. No quería que entrara ni un solo fotón de luz que no fuera controlado por mí.

Pasé la primera noche sentado en el suelo del baño, a oscuras. La Leica colgaba de mi cuello. No disparé ni una sola vez. Me quedé escuchando. Mi propia respiración me parecía un ruido obscuro. En la oscuridad total, el cerebro empieza a inventar formas, pero lo que yo sentía no era una invención. Era la certeza de que el espacio entre mi espalda y la pared, un espacio de apenas diez centímetros, estaba *ocupado*.

Sentí un roce. No en la piel, sino en el pelo de la nuca. Como si un peine de hielo pasara muy despacio por mi cuero cabelludo.

Levanté la cámara. No veía nada, pero el instinto forense tomó el mando. Ajusté el enfoque al mínimo, la apertura a f/2.8 y, con el corazón martilleando contra mis costillas, pulsé el disparador.

Clack.

El sonido metálico de la Leica fue como un disparo en una catedral. El flash manual saltó, inundando el baño de una luz blanca y violenta durante una milésima de segundo.

En ese destello, lo vi.

No fue una forma definida. Fue una impresión retinal: una columna de algo que parecía carne quemada y gasa, doblada en un ángulo imposible sobre mi cabeza, con sus "manos" rodeando mi cuello como si fuera a tomarme la temperatura.

Grité, pero el sonido se ahogó en mi garganta. Encendí la luz roja de revelado. Mis manos temblaban tanto que casi rompo el carrete al sacarlo de la cámara. Me puse a trabajar con la frenética desesperación de un náufrago. Líquido revelador, baño de paro, fijador.

—No está ahí, no está ahí, es solo la luz —repetía como un mantra.

Colgué la tira del negativo para que se secase. Cogí la lupa de enfoque y me acerqué a la película húmeda.

El primer fotograma estaba negro. El segundo, también. Pero en el tercero, el que tomé en el baño, la plata del negativo se había agrupado de una forma antinatural. No era solo una imagen; era un relieve.

La figura de la cosa estaba tan "impresa" en la película que el plástico se había deformado. La mancha gris ya no estaba en el fondo. Estaba en el centro. Se veía un rostro. No tenía ojos, solo dos cuencas profundas llenas de ese mismo grano fotográfico que parecía vibrar. Y lo más aterrador: la boca estaba abierta, y de ella salía algo que no era una lengua, sino una tira de negativo fotográfico que se conectaba directamente con mi propia boca en la foto.

Me miré en el espejo del baño.

Bajo la luz roja, mis ojos parecían dos pozos de sangre. Abrí la boca frente al espejo. Al principio no vi nada extraño, pero al pasar el dedo por mis encías, sentí algo afilado. Tiré.

Saqué de entre mis molares un hilo de plástico negro de cinco centímetros. Una tira de película fotográfica virgen, empapada en mi propia saliva y sangre.

Me quedé allí, con la tira de plástico negro entre los dedos, goteando una mezcla de saliva y revelador químico. No dolía. Eso era lo peor. Mi cuerpo estaba dejando de pertenecer a la biología para pertenecer a la óptica.

Salí del baño tambaleándome. Al encender la luz del pasillo, el mundo me devolvió un golpe seco. La pared, que siempre había sido de un blanco roto, ahora mostraba un granulado extraño, como si la pintura estuviera hecha de arena finísima que vibraba. Pasé la mano por la superficie y el tacto fue el de un papel fotográfico mate, frío y carente de poros.

Fui directo al teléfono para pedir ayuda, pero al mirar la pantalla del móvil, me encontré con un abismo. No había iconos, ni hora, ni señal. Solo ruido blanco. Un hormigueo de estática que parecía querer saltar del cristal a mis yemas.

—Tengo que aguantar —me dije, aunque mi voz ya no sonaba humana; tenía el eco metálico de una grabación mal ecualizada—. Si hay luz, hay control.

Esa misma tarde, impulsado por un pánico lúcido, vacié mis ahorros. Fui a tres tiendas de fotografía distintas. Compré cada carrete de 35mm que tenían en stock, cada flash externo, cada bombilla de alta intensidad. El dependiente de la última tienda, un chico joven con cascos, ni siquiera me miró a la cara. Solo cuando me dio el cambio, nuestras manos se rozaron. Su piel se sintió cálida, viva, asquerosamente orgánica. La mía, en cambio, crujió levemente, como si el cuero de mis nudillos se hubiera secado demasiado rápido bajo un foco.

Regresé a casa y convertí el salón en un búnker de fotones.

Instalé trípodes en cada esquina. Conecté los flashes en modo esclavo para que, al disparar uno, todos estallaran al unísono. Quería crear un sol artificial. Quería que no hubiera una sola sombra donde esa gasa gris pudiera anclarse.

Carrete 1 (18:00h): Empecé con calma. Disparaba una foto cada diez minutos. El destello era tan potente que me dejaba manchas de colores en la visión, pero me sentía a salvo. En las fotos, el salón aparecía vacío. Solo yo, sentado en el centro, rodeado de cables.

Carrete 5 (21:30h): El cansancio empezó a filtrar la realidad. Noté que el revelado de mi propia piel avanzaba. Mis uñas habían adquirido un tono sepia y mis venas, bajo la piel del brazo, ya no eran azules. Eran líneas negras, nítidas, como

diagramas de un manual de instrucciones. Cada vez que movía el brazo, escuchaba un leve siseo, el sonido de una película deslizándose sobre un rodillo.

Carrete 12 (01:15h): Aquí es donde el miedo dejó de ser una idea y se convirtió en una presencia física. Hice una foto hacia el pasillo oscuro. El flash iluminó el vacío. Al mirar por el visor para la siguiente toma, vi que el pasillo se había acortado. La pared del fondo estaba tres metros más cerca. Y sobre el papel pintado, la figura de gasa había dejado de ser una mancha.

Ahora era un relieve. Sus manos salían de la pared, bidimensionales pero reales, como si estuviera intentando "despegarse" de la superficie del mundo para entrar en mi salón.

—No te voy a dejar —le grité a la nada, mientras el sudor, negro como la tinta, me resbalaba por la frente.

Carrete 18 (04:00h): Me quedaban tres carretes. Solo tres. El sueño era una marea negra que me golpeaba los párpados. Mis parpadeos ya no duraban milésimas; duraban segundos enteros. Y en cada segundo de oscuridad, el mundo cambiaba.

En un parpadeo especialmente largo, sentí que el suelo bajo mi silla desaparecía. Al abrir los ojos y disparar el flash, vi que mis pies ya no tocaban el parqué. El suelo se había convertido en una fotografía de un abismo. Literalmente. Era una imagen plana de un pozo sin fondo, pero cuando intenté moverme, mi pie se hundió en la imagen como si el papel se hubiera rasgado.

Me quedé quieto, aterrado, mientras el último rollo de película esperaba en mi mano.

La figura de gasa ya no estaba en el pasillo. Estaba en el salón. Estaba detrás de uno de los trípodes, fundida con la sombra del flash. Podía olerla: olía a vinagre, a plata vieja y a algo que ha estado guardado en un cajón cerrado durante un siglo.

Susurró algo. No usó palabras, usó el sonido de un obturador atascado.

Extendí la mano hacia el último carrete, pero mis dedos ya no respondían. Se habían vuelto planos. Eran tiras de celuloide transparente, rígidas y frágiles. Si intentaba doblarlas, se partían con un chasquido seco.

Miré hacia arriba. El techo ya no estaba. Solo había un enorme objetivo de cristal que me observaba desde el cielo negro, ajustando el enfoque, cerrando el diafragma.

Comprendí entonces la verdad final. Yo no era el fotógrafo. Yo nunca había tenido el control. Yo era la película. Y la exposición estaba a punto de terminar.

Cerré los ojos con una fuerza que me hizo crujir las sienes. El sonido del obturador gigante sobre mi cabeza fue lo último que escuché antes de que un blanco absoluto, más brillante que cualquier flash, me devorara los sentidos. No hubo dolor, solo la sensación de ser aplastado por una prensa hidráulica de luz.

De pronto, aire.

Inhalé con una violencia que me quemó los pulmones. Me desplomé hacia adelante, golpeándome la frente contra algo duro y frío.

Abrí los ojos. Estaba en mi despacho. La luz del amanecer entraba por la ventana, gris y misericordiosa. Mis manos... miré mis manos. Eran de carne. Tenían poros, vello, pecas. No eran de celuloide. No eran planas. Las apreté con fuerza hasta que las uñas me dolieron. Era un dolor real. Un dolor biológico.

—Solo ha sido un sueño —jadeé, sintiendo cómo el sudor frío me empapaba la camiseta.

Miré a mi alrededor. El salón no era un búnker. No había trípodes tirados, ni cables, ni manchas de nitrato de plata en el suelo. Todo estaba en su sitio. Mi Canon EOS R5 descansaba sobre la mesa, apagada, inofensiva. Mi Leica M6 seguía en su caja del desván, probablemente acumulando polvo.

Me reí. Una risa histérica que se convirtió en un sollozo de alivio. Me levanté y fui al baño para echarme agua en la cara. Me miré al espejo y, por primera vez en días,

no busqué manchas ni figuras de gasa. Solo vi a un hombre cansado que necesitaba unas vacaciones urgentes del trabajo forense.

—Demasiados muertos —susurré, secándome la cara con la toalla.

Regresé al escritorio para apagar el ordenador y dormir, esta vez de verdad. Pero antes de darle al botón de apagado, vi que la pantalla de mi monitor de 32 pulgadas seguía encendida. El programa de edición de fotos estaba abierto.

Era la foto 104 del descampado. La del suicida.

—Se acabó —dije en voz alta, agarrando el ratón para cerrar la aplicación.

Pero mi dedo se congeló sobre el botón izquierdo.

En la esquina de la pantalla, en el visor de metadatos, el programa indicaba que el archivo había sido modificado esa misma mañana, a las 06:01 AM. Justo un minuto antes de que yo despertara.

Amplíé la imagen al 1000%, directo a la zona de la mancha gris.

Ya no había una mancha. No había una figura de gasa. El descampado estaba vacío. Pero en el centro exacto del encuadre, donde antes estaba el horizonte, ahora había algo nuevo. Era una pequeña etiqueta de texto, minúscula, escrita con la tipografía de mi propia cámara.

Me acerqué tanto al monitor que mis ojos empezaron a lagrimear. La etiqueta decía:

"POSICIÓN DE ENFOQUE: DETRÁS DE TI"

Entonces, lo escuché.

No fue un susurro, ni un roce. Fue un sonido mecánico, nítido y cercano, proveniente del aire vacío que había justo a diez centímetros de mi oreja derecha.

Click.